

ANTONELLA DE GRAN VALOR

Todos los músculos de Antonella se engarrotaron cuando su padre la amenazó con encerrarla en casa si volvía a jugar con el niño de los ultramarinos. Pensaba que el niño tuerto estaba maldito, sin más, por ver el mundo con un ojo huérfano y haber nacido con el otro cerrado y seco. Mientras en aspa que excusa, cruzaba los dedos índice y corazón de su mano izquierda, la niña asintió con la cabeza a la exigida promesa de no volver a verle. Satisfecho, el hombre tomó a su hija fuertemente de la mano diestra apartándola de la tienda a traspiés. Antes de alejarse demasiado, la niña hizo volar su mano liberta y mentirosa dibujando en el aire un discreto adiós. De camino a casa, Antonella, abrigaba la esperanza de que aquel saludo hubiera llegado directo al corazón de su tuerto pues, en la refriega que la separó del niño, pudo contemplar como una espontánea cortina de agua le impedía ver a través del ojo bueno.

Gema Marchamalo Hernández

